



El ídolo y la víctima

Por MARÍA ZAMBRANO

Curioso funcionamiento el de las sociedades humanas! No sé si a alguien se le ha ocurrido el aplicar a la sociedad -esa entidad que está a punto de absorber al individuo- las categorías de la vida religiosa primitiva. En el siglo XIX, paralelamente al crecimiento de la Sociología, crecieron también otras ciencias; entre ellas las que estudian la mente humana en las diferentes culturas y razas: y como uno de los fenómenos de la Cultura, de todas las culturas, es la Religión, alcanzó gran desarrollo el estudio de las diferentes formas de religión, desde la magia más primitiva hasta las formas más abstractas, como la del monoteísmo de ciertas dinastías egipcias.

Pero uno de los males de la cultura en que vivimos -se ha reiterado la crítica y solo basta enunciarle- es el de la especialización que mantiene a los científicos y estudiosos confinados en su ciencia respectiva al modo de guardianes celosos del tesoro del saber que se les ha confiado. Es muy raro el hombre que puede moverse con facilidad y precisión en dos o tres disciplinas por afines que sean. Y a veces resulta que quienes lo logran quedan asfixiados bajo la multitud de sus saberes, sin que tengan la gracia de ofrecernos visiones de conjunto o esclarecimientos de unas zonas de la realidad a la luz de sus múltiples disciplinas.

Y la realidad es una, una la vida humana, lo cual no quiere decir que sea siempre la misma, que sería negar la Historia, sino que todos esos saberes que se ocupan de lo que el hombre es y de lo que el hombre hace se callan sobre una criatura única que es el **hombre**... y solo se comenzaría a saber algo acerca de él si esos saberes se reunieran, se fecundasen entre sí.

Y así, quienes no somos sabios en múltiples materias, ni siquiera en una sola, por cierta especie de pudor intelectual inhibimos algunas intuiciones y vislumbres que tal vez pondrían en la pista de algunos oscuros comportamientos humanos. La austeridad del especialista se instala en el ánimo del que no lo es en forma de terror pánico que inhibe, que devuelve al silencio algunas voces, a las tinieblas algunas visiones entrevistas.

Hay indicios de que en el momento actual se haya recaído tras de veinte siglos de Cristianismo, en situaciones vitales correspondientes a antiquísimas y olvidadas religiones que solo algunos «especialistas» pueden describir. ¿Qué otra cosa ha sido el nazismo, cualquier forma de totalitarismo,

sino eso; la vuelta, el lamentable regreso a una forma religiosa ya ida, pasada y olvidada, de la que parecía no quedar huella alguna en el alma humana... en el alma humana de seres con veinte siglos de cristianismo y seis más de tradición filosófica racionalista.

Pues, diríase que en el alma humana se conservasen todas las formas de primitivismo religioso, adormidas, mas dispuestas a despertar a la más ligera ocasión. Quizá por eso aquella palabra de Cristo: «Velad». Estar despierto, sí, para que los viejos ídolos no se abalancen para devorarnos.

Ídolo es una forma que hace de Dios, que ocupa su plaza, sin serlo. Por eso está vacío por dentro; es solo una máscara, el vaciado de un gesto que hechiza y espanta el ánimo dejándolo suspenso y sin defensa. Ídolo es aquello que sin ofrecer nada, exige sacrificios innumerables y sin límite alguno, ya que el que se estableciese un límite sería una ofensa imperdonable para el ídolo o para los que lo mantienen y de él se mantienen.

Mas, de todos los sacrificios que el ídolo exige y gusta, hay uno que le place entre todos y del que no se cansa: tiene sed insaciable, apetito de sangre humana y de algo más todavía, del corazón. Ningún ídolo se aplaca si no es recibiendo el corazón sangrante de sus víctimas. Pero como su sed prosigue -ya que su ser consiste solamente en eso: en aidez, en apetito devorador- ha de seguirle ofreciendo víctimas y más víctimas, sin que se pueda llegar siquiera a una regulación del número ni de la periodicidad, además de los momentos señalados para la ofrenda, se despierta de pronto y pide extraordinarios, para no dejar en reposo a sus aterrorizados adoradores. Dejarles un tiempo de calma sería permitirles que conociesen la seguridad, que gustasen de ella y con ella de la libertad. Y eso es lo que no puede permitir el ídolo: que el gusto de la libertad se deje sentir, ni en modo impalpable. Tanto la libertad sea sentida tanto comienza el proceso de su derrumbe.

El ídolo pide adoración; no se conforma con menos Y adorar es ofrecerse enteramente; es esclavitud. No le importa al creyente en un Dios verdadero, esta esclavitud, antes la pide y anhela, pues en ella encuentra su propio ser íntegro y sin merma. En el Dios verdadero hay la infinita realidad, conocida, a medias conocida, presentida y la inimaginable... Tras la máscara del ídolo solo existe el vacío, sin término también, ser absorbido por él es simplemente ser aniquila-

do. Vivir bajo el poder de un ídolo es simplemente no poder existir.

No otra cosa sucede bajo cualquier totalitarismo, bajo cualquier forma de absolutismo del poder. El poder humano hecho absoluto, funciona como un ídolo. Y como el ídolo es una forma hueca, necesita alimentarse de lo que no tiene, de aquello que de por siempre le falta: sangre y alma humanas.

Pero sucede una extraña cosa: algunos momentos de la historia -de la nuestra de hombres occidentales- se ha llegado a esa situación, de modo más o menos grave. Parece como si el hombre mismo, aun el occidental racionalista, sintiera nostalgia del ídolo cuando no lo tiene. Más que el hombre, individual es el hombre en sociedad; es la sociedad cuando crece y se multiplica más allá de ciertos límites.

Pues es sabido desde hace tiempo que el hombre agrupado en muchedumbre se conduce de modo diferente a esos mismos hombres que la componen en su vida individual. Un hombre a solas frente a otro hombre se ve obligado a «dar la cara», es decir, a reconocer en el otro un semejante. Solo en casos excepcionales, monstruosos, algunos individuos endiosados por el ejercicio de un poder sin límites pierden esa condición elementalmente humana de sentir, frente a otro hombre, el semejante; el semejante, aunque sea enemigo. Y enemigo es para el déspota todo aquel que no le adora como a ídolo.

Pero en otros momentos, momentos o regímenes como los totalitarios de este periodo histórico, el asunto es aún más grave: pues los hombres que componen la muchedumbre al quedarse solos no recobran su condición de individuos, siguen sintiéndose parte de la multitud; es decir, que no tienen la unidad propia del individuo. Frente a ellos no se habla con nadie, siguen siendo el funcionario de la Gestapo o el miembro del partido político, de la «fratría» dominante y dominada. Son poseídos por la idolatría y ya ni a solas consigo mismo pueden quitarse la máscara. Han venido a existir «a imagen y semejanza» de su ídolo, por esa ley inexorable que hace que el hombre sea o quiera ser a imagen y semejanza de aquello que adora. Y esa «despersonalización» del hombre viene a ser así, paradójica, pues «persona» quiere decir máscara, y, a lo que sepamos, jamás se había presentado con tanta fuerza e intensidad en nuestra historia.

Es la obra del método, del sistema; de la inteligencia en uso perverso contra su propia función liberadora. «La verdad os hará libres», se escribió hace veinte siglos en el nacimiento mismo de nuestra cultura cristiana. Y la inteligencia en esta misma cultura empleó sus armas para aniquilar la libertad. Y solamente la inteligencia, fiel a su destino, libera; solamente la inteligencia pervirtiéndose puede esclavizar totalmente.

Pues en otros periodos de la historia occidental se ha pasado por ese proceso de idolatría. Tal, por ejemplo, en la Monarquía francesa. Es momento en que el monarca -Luis XIV- es llamado el Rey Sol. Extraña coincidencia con los Faraones egipcios, hijos dilectos del Sol-Dios, dioses ellos mismos nacidos en modo original, unidos a su propia alma, mientras que los demás mortales nacían separados de la suya. En la Francia del XVIII, inútil decirlo, no existía ni siquiera la reminiscencia de tales creencias. Se trataba, pues, de un funcionamiento de la sociedad, nacido de ella misma en ese momento cenital del espíritu europeo. Cenital; es decir, maduro e infantil a un tiempo. La conversión en

ídolo del Monarca absoluto debe de responder a una necesidad anímica de adoración y de entrega que justifique lo absoluto del poder. Pues ¿cómo aceptar que un hombre que no es más que un hombre -y dentro del Cristianismo y del racionalismo occidental no se puede creer otra cosa- tenga tal absoluto poder sobre todos los demás? ¿Cómo aceptar el hecho de que por su «gracia» su favor lleve a los hombres a la cumbre de la más alta fortuna y su repulsa haga caer en los más tenebrosos abismos, sin remedio? Solamente convirtiéndolo en ídolo, superponiendo a su simple condición humana, la condición del ídolo.

La máscara del ídolo es social, como si realmente la sociedad encontrase su unidad en esta máscara, como si la vida social cuando alcanza intensidad y riqueza tuviera que sostenerse en una figura inventada hecha en un «hechizo» o por hechizo.

Mas, tales hechizos no son duraderos. El hombre, los hombres supeditados, eran en realidad las víctimas que corresponden al ídolo. Y llega fatalmente el momento en que las víctimas quieren, necesitan, sacrificar a su ídolo, no sacrificarse a él, sino sacrificarlo a él.

Es muy rápido el tránsito del Rey-Sol y de su sucesor, tan ídolo como él, a ese momento en que la muchedumbre necesitó hacer su víctima del ídolo, sacrificándolo. El mecanismo de un cambio político aunque sea de régimen, no explica la necesidad de ciertos espectáculos. Toda condena a muerte guardará siempre un dejo de esta relación ambigua entre la víctima y el ídolo, aun en aquellas que se pronuncian en causas seguidas legalmente. Mucho más en las que se dictan por motivos «políticos». Es un hambre ancestral que se desata, una recaída en el primitivismo que creemos tan superado por los occidentales. En los días en que el terror de la Revolución francesa el espectáculo lo decía ya todo, era sobrado elocuente: unas mujeres en figura de Parcas cortaban el hilo al mismo tiempo que una cabeza humana caía; una cabeza que para ellas seguramente no era «humana»; era la cabeza de alguien en otros días mirado de lejos como un ídolo, de uno de aquellos brillantes personajes por cuya vista en traje de fiesta, se había esperado bajo la lluvia, con los pies en el fango al paso de un cortejo o a la puerta de un palacio.

En «los sacrificios» ordenados por los totalitarismos y terrorismo contemporáneos, ha faltado el espectáculo, como si aquellos que los decretaban no pudiesen afrontarlos siquiera: el ídolo no tiene ya máscara con que presentarse ante su víctima. ¿Estaremos viviendo la hora final de «las máscaras»? ¿Estaremos viviendo esa hora terrible de negruras que antecede al alba, al alba de una civilización realmente humana, que corresponda a los supuestos esenciales de la cultura occidental? Cabe esperararlo.

María Zambrano (Vélez-Málaga, España, 1904 – Madrid, 1991). Pensadora, ensayista y conferencista. En la Universidad de Madrid alcanzó la Licenciatura en Filosofía y Letras, fue alumna aventajada de José Ortega y Gasset e impartió clases de Metafísica. Respaldo la causa republicana y ante la llegada al poder del régimen represivo de Franco marchó al exilio. Desde 1940 hasta 1953 permaneció largas temporadas en La Habana, en cuya universidad ofreció cursos y conferencias sobre filosofía y literatura. También colaboró en diversas publicaciones periódicas y disertó en otras muchas instituciones, como el Lyceum and Lawn Tennis Club, el Ateneo de La Habana y la Institución Hispanocubana de Cultura. Después marchó a Roma y en 1984 regresó a España. Recibió el Premio Príncipe de Asturias (1981) y el Premio Cervantes (1988). Entre sus libros se hallan *Filosofía y poesía* (1939), *El hombre y lo divino* (1955), *Claros del bosque* (1977), *La tumba de Antígona* (1967) y *Para una historia de la piedad* (1989). El presente artículo lo hemos tomado de la revista *Bohemia* Año 45 Nro 26. La Habana, 28 de junio de 1953, pp. 43 y 110.